5

LA ANATHOMIA
DEL CORAZON
DE UNA PITITMETRA
DEL DOCTOR

LORENZO PIGNOTTI,

TRADUCIDA AL FRANCES

POR MR. BERENGUER,

Y ULTIMAMENTE

PUESTA EN CASTELLANO,

POR DON ANTONIO DE CAGIGAL.

L. C. y.

Con las licencias necesarias.

EN MADRID.

En la Imprenta de Don Pedro Marin. Año de MDCCLXXXVIII.

Se hallará en la Libreria de Escribano, calle de las Carretas, frente á la Imprenta Real.

DULCE sexo de mi vida, si en algun caso, mi númen se ha empleado en señalar los senderos de vuestros caprichos, es muy cierto, que en vez de agraviaros, habeis sido las primeras en aplaudir la mofa de vuestras ligerezas.

Y tambien lo es, que al presente no empuño el látigo de la sátira con que en algunas ocasiones he castigado vuestros deslices y suspirados defectos; bien que sin faltar al decoroso respe-

to que se debe á vuestra bien sentada opinion, y si por acaso os disguste, en el dia, no lo intento.

No, Señoras mias, no, que no soy tan *sanguino*, que acostumbre á manchar mi acero en la amarga hiel del homicida, ni tan mal hombre, que me complazca con el daño ageno; y si alguna vez me he servido del Florete Picaresco, ha sido tan ligeramente, que en cada estocada, en vez de ofender, daba un nuevo motivo pa-

para reir, y divertirse.

Mas con todo, mis amadas, aunque os pongais de mi parte, las dotadas de gobierno, gala, y discrecion, tocarán á el arma las indiscretas mis duros enemigos, aclamando á mis produciones por delitos de lessa-hermosura.

Silvia, por exemplo, está sumamente enojada, porque me recibe bien el Público, siendo tan loco, que me he atrevido á manifestar los secretos del tocador, y

á

á vulgarizar la milagrosa eficacia de sus cosmeticos, y pomadas: Declarando, que estos altos mysterios no deben tratarse por las lenguas profanas, como la mia; bien se vé que esta Dama ignora los derechos de un Poëta.

Lesvia, porque me río del peynado de nuestros Petimetres, júra por aquello mas sagrado, que realiza su sistéma, esto es, por los gordos, y colgantes bucles que acompañan al cinon, que jamás volverá ácia mí la encan-

cántadora luz de sus centellantes ojos: Doleos, Señoras, de mi cruel despojo.

Damon, que pasa la vida en comer, dormir, jugar, y en buscar nidos de pajaros, para el Damoncito, monta en cólera porque hago versos, que él detesta con sus bestiales compañeros.

El pedante Mohevio me aconseja elija sugetos mas elevados para el asunto de mis composiciones, queriendo éste majadero que escriba la historia Romana en madriga-

gales , y los elementos de Euclides en estrofas Líricas.

Pero gracias á Dios que estas ni otras cosas no me alteran ; importame poco que el vulgo juzgue bien ó mal de mi intento , y valgome del desprecio, adoptando el dictamen del rústico , que en el campo , rodeado de un millon de Cigarras , tañe su Pastoril Zampoña , sin embarazarse del ruido que hacen estos animalejos.

En cuyo concepto , quiero oy, sin que haga exemplar,

plar, satisfacer á los graves Personages, que gradúan de locuras á mis producciones, tomando un muy nuevo, y mas sério término; maravillaos pues.... moriros de repente..... que voy á tratar de la Anathomía.

Por lo que bellos ojos, que aborreceis el aspecto del cruor, y el cuchillo, no me negueis vuestra presencia; ni tú, encantador y delicado sexo te pasmes, ni recurras al espíritu de tus frasquillos, ni al dulce ambiente del aba-

ni-

nico, que yo evitaré la displicente vista de la operacion; no miraréis la sangre yerta, ni menos ofenderá á la finura de vuestro oido la dureza tégnica de la Fisica Facultad.

Prestadme atencion, que ya empiezo; porque entiendo que os enfadan los preludios largos, que en todo caso quereis que os sirvan en el instante.

Y asi digo, que el otro dia me llevó un Profesor de Cirugía, mi amigo, á una sala, que estaba vestida de luto,

to, y decorada de esqueletos, en la que, un célebre Anathomico habia de disecar, y analizar el corazon de una recien muerta Petitmetra.

Y como esta Señora habia sido famosa por lo raro de sus caprichos, y lo violento de sus pasiones, y en sumo grado célebre, á beneficio de su fantastico humor, todos, y cada uno de por sí estabamos deseosos de ver en manifiesto á su enigmático corazon, que concebiamos ex-

traordinaria, y maravillosamente organizado.

Motivo, que fue bastante para que acudiesen muchos apasionados: á cuyo crecido número se agregó, vestido de negro, con un muy plegado, y talar ropaje, el sério Maestro del brillante teatro, autorizado con su gran peluca, que cubria con un empinado, y piramidal gorro, los anteojos á caballo en las narices, y el escalpelo en sus delicadas manos, en cuya forma ocupó el sitio demostra-

tratorio, é hizo desde él una profunda reverencia al circo; y quitando un belo que cubria al cadaver, se puso en disposicion de operar en público.

Buscaba, pues, con el mayor cuidado su penetrante vista algun filamento nervio, que se dirigiese desde aquella entrana, que llamamos corazon, hasta la lengua, y no halló comunicacion alguna entre estas partes

Pero ¡ay de mí, qué inten-

tentá este diestro Profesor, queria su desvelo instruirnos, y manifestar esta indispensable parte de un organo regular, y fue inutil su trabajo, viendonos los presentes obligados á concluir, en que jamás tuvo correspondencia la lengua con el corazon de la difunta Petitmetra.

Y apenas el cuchillo anathómico hubo separado los primeros tegumentos, que vestían á este irregular corazon, notamos un confuso laberinto de fibras estrechamen-

mente enlazadas, cuyo vermicular movimiento no tenia seguida, ni regla: porque las unas se encogian, y las otras se alargaban, presentando una muy deforme vista; de lo que inferimos el por qué ésta muger vivió sujeta á tan raros caprichos; pues la irregular organizacion de su entraña la inducia á maquinar travesuras tan incómodas como irritantes para los inocentes que la trataban.

Por cuyo motivo era preciso que su deprabada imagi-

ginacion fuese semejante á aquellos luminosos artificios, que representan una culebra de fuego en el ayre, que suben, y bajan violentamente, acabando con un terrible estampido, despues de haber vagado en la admosfera, dirigidos al arbitrio de los vientos, semejando mucho á los rayos del cielo.

Era, pues, la substancia de este organo leve, y mole, y su membranoso, compuesto de capas circulares, y sobrepuestas las unas á las

otras,

otras, asi como lo están las ojitas en el capullo del Jacinto, ó la Tuberosa; y tan delgadas, y separadas, que podian exfoliarse facilmente.

Viendose en cada una de ellas representada la figura de uno de los amantes de esta inconstante muger, cuyos retratos se borraban al tocarles con el dedo, por ser tan ligera y superficial la tez de su dibujo, como la impresion que hace el aliento en un cristal limpio, y terso.

¡Qué confusa mezcla,

¡qué

¡qué feo amasijo de adornos y figuras, que llenaban el hueco de este confuso almacen veianse en él, sin que se tenga à ponderacion, millares de espadas de todos usos, golillas, togas, becas, berretas de monseñores, berretinas de soldados, gorros de marineros, sombreros á la Borbona, monteras á la malagueña, y lo que es mas, hasta canas, y venerables barbas de hombres *de provechos.*

Por lo que descubriendo

á

á este corazon, se notaba en él un laberinto parecido al que se mira en una baraja de naypes chinescos, y queriendo exâminarle mas a fondo, hallamos, que todo su centro estaba lleno de un fluido material, semejante al que los Franceses llaman Vide.

En el que vimos fluctuar una infinidad de cosas variadas de color, unas feas, y otras bonitas, y tan inquietas, que apenas se presentaban quando desaparecian, ma-

manifestando al verse un brillo tan fugaz como el de el Diamante, las que nos parecieron semejantes á las blondas, cintas, encajes, y demás utiles de la moda, pudiendo distinguir entre ellas un obalo de plata, con dos cristales, que pendia de una muy ancha cinta, con su gran lazo de color amarillo, listas rojas, y motas negras; caxa de lunares, á mi ver, retrato, ó memoria.

Siendo la realidad de esta confusa vista igual á la que di-

divierte á los niños en las dilatadas noches del Invierno, quando por la virtud de la linterna maxica se les representa de bulto, y colorido los campos, las Ciudades, los Exercitos, las armadas navales; pasando despues sin orden, ni regla el gran Fabulista Esopo, el cruel Attila, el precioso Adonis, y el sabio Salomon, vestido á la Persiana.

Y habiendo en seguida el Fisico acercado el dicho corazon à una buxía encendi-

dida , advertimos como se hinchaban repentinamente todas sus fibras, notandose un lejano, y sordo ruido, como el que se percibe quando un hipócrita finge que reza, y sabe que le oyen, el que cesó produciendo un claro resplandor, y despues un denso humo, que el viento dispersó.

Ahora bien, mis señores, para la mas exâcta puntualidad de mi narracion es muy del caso instruir à vmds. de una circunstancia del cora-

razon humano; y es la de existir éste en nuestro cuerpo dentro de un saco mole, y membranoso, y sumamente suave, en el que, y á mas del corazon de nuestra Petitmetra, hallamos, que estaba de un humido radical diafano, y ardoroso, y muy parecido al espiritu del vino, el que recogimos, depositandole en un tubo de cristal.

Era este tubo uno de los que se usan para construir la ingeniosa máquina que nos señala la variacion de los tiem-

pos

pos en el discurso del dia, por medio de la sensibilidad que goza el metal fluido, el que indica el grado del calor; subiendo por la máquina, y el del frio precipitandose al fondo del tubo.

Cuyo instrumento, y el expresado *licoroso humido* nos dió igual resultado que el azogue, con la sola diferencia, de que, asi como este Planeta nos marca la mutacion del tiempo, el radical humido nos señalaba la insustancial ligereza del mugeril seso.

Pues

Pues acercandosele un hombre sério, bien vestido, sin encajes, afeites, ni perfumes, de buen parecer, y modesto, insensiblemente descendia el fluido hasta congelarse en la volilla, que sirve de fondo al cristalino tubo de la maquina.

Pero aproximandosele un calaveron, vulgo Petitmetre, vestido de quinola, y apestando al almizcle, en vulgar transpirinayco, á la Marechala para confundir el conocido, y molesto olor del na-

napolitano unguento con que repara sus cancerinas botanas, peinado al escobon, (*) cantando y saltando en ademan de loco, fermentaba el fluido, é iba subiendo hasta tocar con lo sumo del tubo.

Produciendo la repeticion de esta operacion un millon de instructivas observaciones, siendo la mas rara de este ferméntico licor, que unas veces saltaba como el agua quando hierbe, y otras se pro-

(*) *Escobon en lugar de erizon, porque todo es uno.*

producia tan torpe, y lentamente, que apenas se conocia; y esto á beneficio de un opaco brillo que manifestaba, como el de la escama de un pez ordinario, en una noche clara de Verano.

Cuyas particularidades me excitaron el deseo de comprar esta máquina, ofreciendo por ella á su dueño un extraordinario precio; pero él, con semblante risueño, me replicó: ¿es posible caballero, que un sugeto de su instruccion, y talento, no haya

ya sabido hasta ahora, que qualquier Petitmetra es un barometro ambulante como el mio, el que se adquiere, ó compra al vil precio, y corto dispendio de un Palco en la opera, comedia, ó volatines? un asiento de barandilla, y grada cubierta en los toros, con sus bollos, y naranjas; un Simon de mediana salud, para ir al paseo; ó unos caramelos del nuevo cafeé de Mr. Sansfason.

Sieste claro, y práctico hom-

hombre tubo, ó no razon en lo que me dixo, es lo que yo no me atrevo á decidir. Lo cierto es, que el mundo generalmente opina mal de las mugeres, afirmando, que las mas son morcillas sin atadero, ó beletas de campanario, porque halla muchas de esta especie, y tal vez pocas de talènto, y juicio: sea asi, ó no lo sea, lo lastimoso es, que la mayor parte pasan su vida en la inutil, aunque entretenida caza de las Moscas; siendo esta sandez la eficien-

te

te causa de que no conozcan, ni estimen el digno, y recomendable merito de las sensibles, y honestas.

Por lo que concluyo, hablando solamente con vosotras, ó mugeres de solidéz, y constancia, aunque raras en el mundo, las que solo apeteceis el bien parecer, y el gentil adorno de la virtud, que perpetúa á los mortales; ¡de qué gloria no os llenais al veros entronizadas, por vuestra arreglada conducta, en el brillante sólio del buen con-

concepto, y superiores á la bajeza de vuestro alucinado sexo! mas esto es otro punto; y no lo es sino el interesante, que respeta á las mugeres dignas, y el que mueve al ánimo del hombre prudente, para que sacrifique á los pies de ellas á su fina voluntad, ofreciendo en holocausto á su noble corazon en el interin que llega el suspirado momento de coronar á una de ellas por reyna de su alvedrio.